



BARRIO INDEPENDENCIA

Por Sergio Martínez Baeza.

Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Presidente del Instituto de Conmemoración Histórica.

La huerte de don Pedro de Valdivia, viniendo del norte, ingresó al valle en que debía fundarse la ciudad del Santiago del Nuevo Extremo por el sector que los indios locales llamaban la “Chimba”, es decir, las tierras “del otro lado” del Mapocho. Todo el sector estaba formado por campos regados y bien cultivados y allí acamparon los hombres de Valdivia, pensando en la fundación proyectada.

Valdivia quiso para sí esos fértiles terrenos y se asignó una chacra de 220 varas castellanas, de cabezada en el río Mapocho, deslindando con el Salto de Araya, por el Oriente, y con el “Camino de Chile”, actual avenida Independencia, por el poniente, lo que permite suponer que esta chacra tenía al menos doce cuadras lineales con frente al río Mapocho, y que su fondo llegaba más allá del Cerro Blanco.

Don Pedro de Valdivia dedicó sus tierras al cultivo agrícola, desde el primer momento, para asegurar la alimentación de su gente. Construyó una sencilla casa, al parecer situada en lo que hoy es el extremo de la calle Juárez, y en 1550 hizo donación de su chacra a Inés Suárez, que pronto se casaría con Rodrigo de Quiroga, para que pudiese mantener la llamada Ermita de Nuestra Señora de Monserrat. Doña Inés, ocho años más tarde, cedió

la chacra a los frailes de Santo Domingo, que la mantuvieron hasta 1823 con el nombre de “Llano de Santo Domingo”.

Los religiosos dominicos, dueños de la antigua chacra de Valdivia, la dedicaron a la producción de frutas, cereales y legumbres para las mesas santiaguinas y, en 1750, en la proximidad del Cerro Blanco, iniciaron la construcción de una iglesia y convento, bajo la dirección del padre Cristóbal Salcedo. El edificio de la Recoleta Dominica fue terminado en 1754, por el padre Manuel Acuña, y después fue objeto de reformas y mejoras. La Iglesia y el convento ocuparon un amplio espacio. La iglesia subsistió hasta mediados del siglo XIX. En 1854 se inició la construcción de un nuevo y hermoso templo, con ricos materiales traídos de Europa, por el arquitecto Eusebio Celli, en su actual ubicación, frente a la avenida Recoleta.

Pero, en la avenida Independencia hay otra iglesia con una valiosa tradición. Es la Iglesia de la Estampa o de la “Estampa Volada”. Se dice que el 13 de octubre de 1786 un mercader ambulante vendía estampas en la Plaza de Armas. De pronto se le soltó de las manos una imagen que contenía varios medallones con efigies de santos, y quedó suspendida en el aire, a poca altura, sin que corriese viento alguno. Nadie pudo alcanzarla y, al cabo de

un largo rato, se elevó perpendicularmente, se detuvo otra vez y, por último, se dirigió al norte y no se detuvo hasta llegar a la chacra de don Manuel Joaquín Valdivieso, en la Cañadilla de la Chimba. En 1807, el Obispo Marán adquirió el terreno en que se encontraba la estampa y construyó allí, a sus expensas, una capilla consagrada a la Virgen del Carmen. La nueva capilla recibió el nombre de “Capilla de la Estampa” y en 1819 fue elevada a la condición de parroquia.

Al iniciarse el siglo XIX, la Chimba fue una zona bastante poblada, con ranchos muy modestos, hermosas quintas y caminos de tierra. Junto a las laderas del cerro San Cristóbal, se instalaron molinos con acequias sacadas del Mapocho. Los potreros cercados por tapias de gruesos adobones y los frondosos árboles de sombra dieron a la Chimba un particular encanto.

En la década de 1820, los padres dominicos vendieron el Llano de Santo Domingo a los señores Pedro Nolasco León y Enrique Campino, quienes lo lotearon e iniciaron la urbanización de la Chimba, que, por un tiempo, pasó a ser un próspero barrio residencial de Santiago, hasta que sus vecinos optaron por trasladarse a las elegantes poblaciones de moda, que surgían en las calles del Dieciocho, del Ejército y República. **EC**